

LAS DOS CABEZAS DE GORGONA

» Empleo por apoderarme de lo
» que deseo. Luego, siempre encon-
» traré eruditos para demostrar
» que he procedido en uso de mi
» legítimo derecho.»

FEDERICO II (al cual, a falta de
título mejor, ellos denominan el
Grande).

I

Su Kaiser.

Hay rostros de malditos en los cuales, con el transcurso del tiempo, acaba por ponerse de manifiesto todo el horror y toda la negrura que esos seres incubaban en el fondo del alma. A veces las facciones no son innobles, no, pero en tales rostros hay inscrito algo que es mil veces peor que la fealdad, algo que hace que no se les

pueda mirar... Así sucede con su Kaiser; para sentir frío en la sangre basta contemplar su siniestra imágen, basta tropezar con el más pequeño de sus retratos reproducido en cualquier periódico... ¡ Oh, esos ojos viperinos, emboscados al amparo de los flácidos párpados, esa sonrisa crispada por todas las tachas interiores : hipocresía profunda, brutalidad morbosa, al mismo tiempo que ferocidad en frío, sin contar el exceso de orgullo, ante el cual los látigos serían capaces de azotar espontáneamente !... Recuerdo haber visto antaño, en lo más recóndito de un antiguo templo del Japón, un espantajo, considerado como obra maestra en su género y al cual se conservaba desde hacía siglos bajo un velo, en uno de los cofres del tesoro (sabida es la veneración de los japoneses hacia los espantajos y la maestría de sus artistas en lo horrible). Era una máscara humana, con las facciones más bien regulares y afinadas, pero, cuando se la había contemplado con detenimiento, su expresión atroz, a la par cruel y mortal, constituía una pesadilla que no podía desecharse durante una tem-

porada, ni de día ni de noche. Entre la carne cadavérica con pliegues amarillentos, los ojos medio cerrados, uno más que otro, centellaban y parecían guiñar, como para decir : « Hacía muchísimo tiempo que aquí, en mi caja, rumiaba yo algo funesto para ti, y al fin has venido y ya te tengo; ¡ asunto despachado ! » Bueno, pues para quien sabe ver, el rostro de su Kaiser es tan amedrentador como el del espantajo oculto en el vetusto templo de aquel país remoto, sin que influya para establecer diferencia el casco más o menos salvaje, puntiagudo o con calavera, que use por adorno según su capricho. Durante los muchos años que me persigue su espantosa mirada, no solamente presentía yo, como todo el mundo, que este hombre « rumiaba algo contra nosotros », sino también que lo maquinaría diabólicamente y que sería más tremendo que todos los antiguos crímenes de las edades bárbaras. Y me decía a mí mismo : Para la salvaguardia urgente de la Humanidad, *sería necesario matar eso.*

¡ Matar eso, sí ! ¡ Hubiera sido necesario acabar

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE 1B25 MONTERREY, MEXICO

con la hiena, antes de que su rabia latente se declarase por completo, o cuando menos encadenarla, abozalarla y encerrarla entre apretados y sólidos barrotes!

¿Pero en qué están pensando los anarquistas, que habrían encontrado ahí un medio de rehabilitarse y de merecer la gratitud universal? ¿En qué están pensando? Cuando se trata de matar a un soberano, dirigen sus tentativas contra un ser tan encantador como el juvenil rey de España. En Austria, pudiendo elegir infinitamente mejor dentro de aquella Corte, van a escoger y a apuñalar a la rara y bella Emperatriz, que no hacía daño a nadie. Y en el cuarteto de reyes de los Balkanes, se fijan en el rey de Grecia, y caen sobre él, teniendo allí a ese Coburgo, que era una ocasión verdaderamente única.

Su Kaiser, su incalificable y « proteiforme » Kaiser, cuando creemos que ya nada queda por decir, nos confunde con algo nuevo y en absoluto imprevisto. Después de la obstinación casi estúpida por querer presentar a su Alemania como víctima y como atacada, a pesar de testimonios

evidentes e irrefutables, de autorizadas pruebas documentales y de las abrumadoras confesiones salidas de labios de sus cómplices, ha sentido últimamente la necesidad de « jurar ante Dios » que su conciencia estaba sin mancha y que él no había querido la guerra. ¿Ante qué Dios? Ante el suyo, naturalmente; ante *su viejo Dios*, al cual, en la intimidad, de seguro llamará diciéndole: « Mi viejo Belcebú. » — Además, ¡qué elegante resulta asociar, al nombre de Dios, el epíteto de viejo!»

Parece que su Kaiser ha recibido, de su viejo Belcebú, con la misión de difundir el mayor duelo posible, y de hacer que corran abundantísimamente la sangre y el llanto, la misión de exterminar todo lo que sea belleza y todo lo que sea religioso recuerdo, y la misión de profanar, mancillar y afejar todo cuanto no alcanzase a destruir. Ha conseguido hasta deshonar la Ciencia, rebajándola al papel de cómplice de sus crímenes. Y no solamente su guerra, *la suya*, la guerra tal y como él la había querido y preparado con infernal premeditación, habrá sido mil veces más des-

tructora de existencias humanas que todas las guerras juntas de lo pasado, sino que ha sido preciso que él y sus secuaces se ensañen rabiosamente en todos estos tesoros de arte que habrían debido continuar constituyendo el patrimonio intangible de la Europa civilizada. Y si hubiera podido llegar a ser el dominador absoluto que soñó dejándose llevar por su vanidad de enfermo; si hubiera podido llegar a serlo, no sólo lo habría destruido todo con los explosivos y con la metralla, sino también con el incorregible mal gusto de su Alemania. Basta haber visitado Berlín, capital del relumbrón y de los dorados de advenedizo, para imaginar en lo que se convertirían nuestras ciudades. Y también produce estremecimientos pensar en la rápida y definitiva decadencia del Oriente maravilloso, con Estambul, Damasco y Bagdad, el día en que él fuese el que dictara la ley.

Su Kaiser inefable, se aplica con frecuencia a mezclar lo grotesco a la ignominia. ¡Así, recientemente, ha ofrecido al reyezuelo de Grecia, su *palabra de Hohenzollern* como prenda y garantía!

Atreverse a ofrecer su palabra al día siguiente de la violación de Bélgica, ya es bastante; pero añadir que es palabra de Hohenzollern, ¡qué hallazgo! ¿Es grosera inconsciencia o impudente ironía hacia el pusilánime cuñado, de cuyo reducido ejército mofóse desdeñosamente antaño, al efectuar una visita a Atenas? Entre las personas que tienen siquiera un baño de Historia, ¿quién hay que ignore que esta casta maldita de los Hohenzollern, durante sus quinientos años de existencia conocida, nunca ha producido sino desvergonzados mentirosos, al mismo tiempo que carniceros hidalgos de gotera? Hacia 1762, la gran María Teresa escribía ya: « Todo el mundo sabe qué caso ha de hacerse del rey de Prusia y de su palabra. Ningún soberano de Europa ha podido sustraerse a sus perfidias. Con ese despotismo renegador de todos los principios, *la monarquía prusiana será algún día un manantial de infinitas desventuras*, no sólo para Alemania, sino para toda Europa. »

Ese infeliz rey de Grecia, aterrorizado hoy hasta el anonadamiento por haber afrontado

muy de cerca la mirada de la cabeza de Gorgona, ofrece ahora un ejemplo que — aparte de su carencia de heroísmo y de gloria, — debiera ser tan instructivo para los soberanos neutrales que hasta ahora se han abstenido de intervenir, como el ejemplo del rey de Bélgica y del rey de Serbia.

Su Kaiser, cuya mirada produce una sensación de muerte, desconcierta a la razón y al sentido común. La degeneración morbosa es indiscutible en su cerebro que, sin embargo, desde ciertos puntos de vista, permanece superiormente organizado para el mal, y con especialidad para la matanza. Por honor de la Humanidad, conven-gamos en que está loco, según acaba de declarar públicamente cierto príncipe de Sajonia. Sea, está loco : su caso cae también en el dominio de la teratología, y, en cualquier otro lado que en Alemania, *su guerra* le hubiese valido la camisa de fuerza en la celda de un manicomio. Pero, para desgracia de Europa, su nacimiento le ha hecho Kaiser del único pueblo capaz de admitirlo y de seguirlo, — del pueblo *cruel por natu-*

raleza y al cual la civilización ha convertido en feroz, según Goethe lo consigna; del pueblo cuya *necedad es infinita*, como Schopenhauer declara en su solemne testamento.

De esa infinita necedad no hay duda de que participa él en muchos puntos; de no ser así, ¿hubiera errado tan irremediabilmente su primera salida de 1914, por haberse imaginado hasta el último momento que Inglaterra no iba a pestañear, ni siquiera ante el gran sacrilegio de Bélgica? (1) ¿Y no hay por lo menos tanta estupidez como ferocidad en sus matanzas de individuos pertenecientes al elemento civil, torpedeos de neutrales, atentados en América, zeppelines, asfixias, etc., cosas todas de las que es personalmente instigador abominable, y que no han

(1) Entre mil ejemplos archisabidos de su doblez desvergonzada, véase uno, fácilmente comprobable, y que tal vez no es aún bastante conocido del público en general. Nadie ignora que el 2 de Agosto de 1914, la misma víspera de la violación de Bélgica, cuando el ejército alemán estaba ya amontonado en la frontera y dadas las órdenes para atacar al siguiente día, el rey Alberto pidió explicaciones al Kaiser, y éste le contestó oficialmente, por conducto de sus diplomáticos : « Los belgas no tienen que inquietarse; no abrigo la menor intención de faltar a mi firma. »

ofrecido otro resultado que el de concitar, contra él y contra su Alemania, todos los odios y todas las repugnancias?

Al cabo de cuarenta años de preparación encarnizada, y con medios tan formidables, cuando no se retrocede ante los procedimientos más atroces ni ante los más viles, cuando no hay ley humana ni conciencia que muevan a respeto, revolcarse de tal modo en sangre, para no conseguir sino un fracaso, es en verdad indicio cierto de que algo esencial falta en esa cabeza de asesino. Y es preciso ser el pueblo alemán para seguir dejándose arrastrar al desastre por un desequilibrado que comete tales despropósitos.

Al desastre y al matadero. ¿Y no tendrá límite la sumisión ovejuna de ese pueblo que, en estos mismos momentos, se deja matar, como un simple rebaño, en ataques dirigidos con rabia imbecil por un jovenzuelo microcéfalo tan falto de inteligencia como de alma?...

II

Fernando de Coburgo

No hace mucho tiempo aún, encontrar un ser más abominable que su Kaiser y su Kronprinz hubiese parecido una apuesta imposible. Bueno, pues la apuesta ha sido mantenida y ganada : ¡ se ha encontrado a este Coburgo !

¡ Y pensar que hubo un momento en que entusiasmó a la mayoría de nuestras francesas, hacia 1913, cuando ellas exaltaban su nombre y se adornaban con los colores búlgaros, mientras que yo solo comenzaba a enclavarlo en la picota? Pa'adín de la Cruz, se le llamaba generalmente entre nosotros... ¡ Oh, paladín muy sincero, efectivamente, que usa escapulario y que oye muchas misas como Luís XI, pero que, cierta mañana, en secreto, hizo por fuerza apostatar a su hijo ! También se sabe que ahora prepara la comedia de su nueva conversión al Catolicismo, del cual renegó, hace algún tiempo, por razones políticas. ¿ Y encontrará en su reino sacerdotes que,

al bendecir esta operación, sean capaces de reprimir la carcajada?...

Éste, como el otro, tiene cabeza de Gorgona, y como el otro, lleva en el semblante los estigmas de la doblez y del crimen. La primer vez — en la estación de Sofía, hace veinticinco años, — que crucé mi mirada con la mirada torva de sus ojos, sentí pasar por mis nervios ese estremecimiento de repugnancia con el cual el instinto nos advierte la aproximación de un monstruo. Y entonces pregunté : « ¿Quién es ese vampiro? » En voz baja y medrosa, alguien me contestó : « Pero si es nuestro príncipe; debía usted saludarlo. » Y respondí : « ¡ Ah, no; de ningún modo ! »

Éste es cobardemente asesino en la vida privada, pero asesino a distancia, que trasponía con prudencia la frontera cuando su verdugo iba a *trabajar* obedeciendo las órdenes que le había dado, y que luego, así que el ejecutor le amenazaba con comprometerle, lo castigaba con la amputación de ambas manos... (1)

(1) Panitza, Stamboulof, etc.

¡ Y, también éste *reza*, a imitación del otro ! Recientemente, cuando se esperaba que el gran cómplice iba al fin a morir a consecuencia de los vicios hereditarios de su sangre, arrodillóse éste y permaneció largo rató arrodillado, entre dos filas de alemanes convocados como espectadores, para pedir al Cielo la curación de aquél — monstruo rogando por un monstruo, — y se levantó, completamente bañado en la gracia divina, diciendo a los asistentes : « Nunca en mi vida había orado con tanto fervor... » ¿ Habrán podido contener la risa aun los mismos rudos *boches* a los cuales se dedicaban estas maulerías?

Igualmente que en la vida privada, es asesino en la vida política : asesino de pueblos. Después de su primera e inmunda felonía contra los serbios, sus aliados entonces, a los que atacó por la espalda, sin declaración de guerra, intentó, según se recordará, intentó echar sobre sus ministros la culpa de la fechoría que tomaba mal giro. Y contra ese mismo pueblo heroico, ya aplastado por las grandes hordas bárbaras, acaba de renovar, sin previo aviso como siempre, su ataque

traidor, no de otro modo que un malandrín de refuerzo que acudiese a rematar por detrás a un hombre que estuviera luchando contra una gavilla de salteadores.

¡Pobrecita Serbia, convertida en grande y en sublime! Antaño le atribuí — en los primeros momentos de mi indignación ante los horrores que acababan de mostrarme en Tracia y en Macedonia — una parte de complicidad que no merecía. De nuevo, desde aquí, hago cordialmente pública retractación.

Si el acuerdo entre Alemania y Turquía ofreció dificultades — hasta el extremo de hacerse necesario « suicidar » al Príncipe heredero, — en cambio resultó facilísimo con Bulgaria. Su Kaiser y ese Coburgo, que es su émulo y como su diminutivo, debían fatalmente entenderse; para adivinar que así había de ser, bastaba con comparar los rostros de ambos y sus miradas de alimañas nocturnas. ¿Cómo se explica que nuestros diplomáticos acreditados en la minúscula Corte de Sofía, no hayan sabido olfatear nada durante los veinte meses que han transcurrido desde que

ocultamente quedó firmado el pacto de pillaje? ¡Y hoy, hasta que se devoren, ya están unidos esos dos seres de escoria, en comparación de los cuales los más inmundos reincidentes, que arrastran cadena en los presidios, parece que no han cometido sino faltas insignificantes!

Despertaos, pues, naciones neutrales, grandes o pequeñas, que no comprendéis aún que, sin nosotros, os llegaría vuestro turno de ser pisoteadas, como lo fué Bélgica, y como lo han sido ayer Serbia y Montenegro. ¿Cómo no os habéis penetrado de que el mundo no respirará hasta tanto que se consume el aplastamiento total de esos últimos bárbaros? ¿Qué necesitáis para abrir los ojos? Si no os basta ver, en nuestro país, todas las ruinas, *intencionadas e inútiles*; si no os basta leer tantos y tan irrefutables testimonios de matanzas furiosas, que ni siquiera han respetado a nuestros niños de corta edad; si nada de esto os parece suficiente, mirad, por lo menos, lo que ocurre en vuestros países; mirad la insolente ironía de las presiones que el pueblo de rapiña os hace sufrir; mirad los atentados,

audaces y cautelosos, que ya se han cometido allende el Océano... Mas aún; si es que en absoluto no sabéis ni ver en torno vuestro, recorred siquiera algo de lo que, desde hace siglos, vienen escribiendo todos sus « intelectuales », todos sus « grandes hombres »; y experimentaréis espanto al encontrar en cada página la apología más descarada de la violencia, de la rapacidad y del crimen. Así comprobaréis que todo el horror desbordado hoy en Europa se hallaba en gérmen, desde los orígenes, en los cerebros alemanes, y reconoceréis, además, que ninguna raza en el mundo se hubiera atrevido a delatarse con tan cínica inconsciencia. Y vosotros, prelados o monjes pertenecientes al clero de una nación vecina, que nos motejáis de rreligiosos y realizáis en favor de nuestros enemigos la más ciega de las propagandas ¡ hojead un poco el manifiesto oficial publicado por los obispos de Bélgica, y decidnos lo que vale el alma de esos seres, que constantemente profanan el nombre del « Altísimo » en sus burlescas plegarias, y luego se ensañan destruyendo todos los santuarios de la fe,

sean catedrales o sean humildes iglesias de aldea, y derriban los Crucifijos y pasan a cuchillo a los sacerdotes! ¿Cabe lógicamente en lo posible ser germanófilo, cuando no se pertenece a esa raza maldita? Admito que se pueda ser neutral, pero solamente por terror, o por no estar preparado, o tal vez, sin darse cuenta de ello, por el cebo de cierto lucro momentáneo, por un poco de egoísmo mal entendido y nada sagaz. ¡ Oh, evidentemente, es terrible lanzarse en semejante refriega! Pero la neutralidad o sólo las vacilaciones resultan más que torpezas peligrosas, y constituyen ya casi crímenes.

Un malvado demente soñó con imponernos a todos una regresión de veinte siglos, con hacernos retroceder hasta las antiguas servidumbres envilecedoras y hasta las antiguas tinieblas; tramaba, para realizarla en provecho suyo, una amplia bancarrota del progreso, de la libertad y del pensamiento humano, y, en sus propósitos de ogro insaciable, después de nosotros, erais vosotros, pueblos neutrales, erais vosotros los designados. ¡ Ayudarnos algo, por lo menos, para que ter-

mine más pronto esta orgía de robos, de destrucciones, de matanzas y de riegos de sangre! ¡Basta! ¡Salgamos de esta pesadilla! ¡Basta! ¡Que el mundo entero se levante! Quien se abstenga hoy, ¿no sentirá mañana vergüenza al elevar la frente hacia el sol de la Victoria y de la Paz, que volverá a lucir y a iluminarnos? Y nosotros, cuando al fin, después de derramar nuestra sangre a torrentes, hayamos matado a la hiena rabiosa, ¿no tendríamos casi derecho para decir, con las armas todavía en la mano: « Vosotros, los neutrales, que os beneficiaréis con la liberación sin haber tomado parte en la lucha, pagadnos al menos con algunas de vuestras tierras o con vuestro oro? » ¡Oh, que suene el toque de rebato, por doquiera, a todo vuelo, de un extremo a otro de la Tierra! ¡Que suene el toque de alarma suprema! ¡Que los tambores de todos los ejércitos redoblen mandando cargar! ¡Y, ¡sus! a la Bestia alemana!

FIN

INDICE

I. — <i>Carta al Ministro de Marina</i>	1
II. — <i>Dos pobres pajarillos de Bélgica</i>	5
III. — <i>Reducida visión de alegría, en la línea de batalla</i>	11
IV. — <i>Carta al Bajá Enver</i>	21
V. — <i>Otro aspecto de la línea de combate</i>	27
VI. — <i>La Basílica-Fantasma</i>	45
VII. — <i>La bandera que nuestra Infantería de Marina no tiene aún</i>	59
VIII. — <i>Taití y los salvajes de corteza color rosa</i> .	71
IX. — <i>Un husarito</i>	75
X. — <i>Una tarde en Ipres</i>	85
XI. — <i>En el Gran Cuartel General Belga</i>	99
XII. — <i>Algunas palabras pronunciadas por S. M. la Reina de Bélgica</i>	113
XIII. — <i>Para los heridos graves de Oriente</i>	125
XIV. — <i>Serbia durante la guerra balcánica</i> ...	133
XV. — <i>Sobre todo, ¡no olvidemos jamás!</i>	137
XVI. — <i>La posada de « El Buen Samaritano »</i> .	143